

CUADERNOS DE LA MORADA

*Centro de análisis y difusión
de la condición de la mujer*



Espiritualidad:

Una reflexión desde el género
Margarita Pisano

INTRODUCTION

Este ensayo de la autora, ha sido elaborado con el fin de
la conferencia dictada por Margarita Pisano en el marco del ciclo
"UNA MUJER LA MUJER" que se celebró en la Universidad Andrés Bello,
entre el 17 de Julio y el 25 de Septiembre de 1990.
Margarita Pisano es una de las fundadoras de la Casa de la Mujer
de Caracas y actualmente es su Coordinadora General.

Caracas, Septiembre de 1990

Espiritualidad:
Una reflexión desde el género
Margarita Pisano

INTRODUCCION

Este cuadernillo de LA MORADA, ha sido elaborado con el texto de la conferencia dictada por Margarita Pisano en el Curso-Seminario "VER DESDE LA MUJER. VER A LA MUJER". Este evento se llevo a cabo en la Universidad Andrés Bello, El Göethe Intitut y LA MORADA entre el 16 de Julio y el 26 de Septiembre de 1990.

Margarita Pisano es una de las fundadoras de La Casa de la Mujer LA MORADA y actualmente es su Coordinadora General.

Santiago, Septiembre de 1990

Espiritualidad: Una reflexión desde el género

Entiendo por espiritualidad aquella energía que conecta nuestras experiencias humanas trascendiendo la corporalidad pero que la contiene. La espiritualidad nos conecta con los demás y con el cosmos. Todo lo que nos rodea contiene energía, no hay nada en el planeta que no la contenga. No existe la materia muerta y hasta la más pequeña piedra genera energía. Todo pertenece a un gran sistema interrelacionado. La vida es una misteriosa totalidad donde todo está actuando en todo, de modo que el hombre no es dueño del Universo, Es sólo parte de él. La especie humana, es una de las tantas especies y lo único que nos hace diferentes es el don de la energía autoconciente, podemos pensar, podemos hablar. Darnos cuenta de esta energía hace posible que nos responsabilizemos de descubrir el camino hacia la armonía y el amor; ser conscientes del misterio de la vida y de la muerte. Quiero con este término; espiritualidad, incluir todas las experiencias que trascienden lo concreto, corporal, material. Sobre la espiritualidad, supongo que hay tantas interpretaciones, como individuos existen. Cada una, y cada uno contiene esa energía. Y la percepción de ella: es una percepción que va más allá de lo objetivo.

Básicamente la espiritualidad está relacionada con este misterio de que es la vida.

Si miramos nuestro planeta veremos que hemos construido una civilización expuesta a la violencia en la que no hemos resuelto cómo vivir en paz y armonía. Es una civilización basada en la competencia y la agresión: en relaciones de dominio y pertenencia. Intento indagar en nosotros mismos, por qué hemos llegado a construir un mundo tan fragmentado, tan rígido, un sistema que hoy nos tiene aprisionados y detenidos.

Mirar lo que hemos construido no puede producir más que DESEOS DE CAMBIO.

Construimos sociedad, a partir de lo que somos como seres humanos; debemos indagar y descubrir cuán divididos y fragmentados estamos cada uno de nosotros internamente. Vivimos en constante fricción entre lo que debemos ser, lo que quisiéramos ser y lo que somos. Sin saber realmente quienes somos. Divididos, parcelados y tironeados, proyectando todas estas contradicciones en aquello que construimos.

Estamos divididos en comportamientos y compartimentos que, jerarquizados por la razón nos dividen en cuerpo/alma, mente/espíritu. Si fuera posible resolverlo todo con sólo la "racionalidad", ¿porqué no hemos sido capaces de lograr un mundo más justo?. No hemos logrado formar relaciones armónicas con el mundo para que este sistema social, cultural, económico y político cambie así al menos terminaríamos con conductas que impiden repartirnos la comida para que no exista el hambre. La pobreza, la explotación son responsabilidad del género humano, por lo tanto, puede ser cambiado si cambiamos nosotros.

La esquizofrenia humana no es otra cosa que la escisión/contradicción en que vivimos: deseamos algo pero sin embargo hacemos exactamente lo contrario. Queremos una sociedad libre de explotación y, buscamos seguridad en propiedades, en posiciones, en armas, y ninguna ideología religión, ni sistema político nos va a sanar de esta locura. Para salirnos de ella, para sanarnos de esta fragmentación, debe ocurrir un cambio muy profundo en cada uno de nosotros: en nuestra manera de relacionarnos con nosotros mismos, entre nosotros, y con todo el planeta.

Cuando nacemos, nacemos con un sexo biológico: Este hecho tan simple de ser mujer hombre de ser DIFERENTES, nos es transmitido con una carga EMOCIONAL de DESIGUALDAD. Unos "deben ser" grandes, fuertes, inteligentes, racionales; las otras "deben ser" pequeñas, sumisas, intuitivas, débiles, casi inútiles. Esta DIFERENCIA se convierte en una desigualdad marcada en nuestro mundo de las emociones, en nuestro mundo simbólico y en el mundo de los valores. Esta desigualdad inicial facilita todas las otras desigualdades.

Nos conceden el derecho, internalizado, de establecernos unos sobre otros, signan a unos y a otros en oprimidos y en opresores. Es así como empezamos a defendernos unos de otros; establecemos una manera de relacionarnos basada en la desconfianza, aprendemos de las injusticias y descubrimos el poder de dominar. Sin embargo, a pesar del dominio, desarrollamos "ideas" de libertad, de igualdad,... como utopías. Es nuestra percepción de la capacidad de amor y de crecimiento la que como seres conscientes, nos impulsa a crear esas utopías; pero una vez más confundimos nuestras ideas al asignarles todo el poder a ellas, como si fueran construcciones fuera de nosotros, y es por eso que en nombre de ellas somos capaces de convertirnos en jueces y asesinos al mismo tiempo.

Las religiones sistemas espirituales basados en vivencias muy profundas y reales entre la experiencia humana y la globalidad del universo, han construido su poder; al atrapar, en una reducción racionalizada de la normas y dogmas la libertad del ser; reduciendo con ello su dimensión sagrada. El ser humano, sometido así en un sistema de normas queda limitado en su relación consigo mismo y con los otros atemorizado por el castigo no se responsabiliza de sí mismo.

Como ya han dicho otros en esta reducción racionalizada de

la espiritualidad se han negociado aspectos preciosos y sagrados del ser humano.

A las mujeres se nos ha hecho responsables de los dolores de la humanidad, culpables de la pérdida del Paraíso. Seres al servicio del otro (el hombre). Nuestros cuerpos femeninos son responsables del pecado.

Las religiones nos han instalado en la culpa. Vivimos en una sociedad que debe pagar: pagar el derecho a vivir, a estar en este planeta. La culpa (emoción) está presente en todas nuestras formas de relación y, especialmente en la relación para con nosotras mismas: en nuestros cuerpos, en nuestras mentes; el sentimiento de culpa nos hace seguir sintiendo que estamos de paso en la tierra, de prestado. Si se está acá para ganar o perder el otro mundo, todo sigue siendo ajeno. En este sistema la mujer, pertenece al hombre, los hijos pertenecen a los padres, los siervos a los señores. Así nos relacionamos entre nosotros, con las especies, con el planeta, animales, ríos, aire, sin reconocer que todos formamos parte y pertenecemos al ecosistema llamado tierra.

Nuestros cuerpos, el único y maravilloso instrumento con que tocamos nuestras vidas, casi no lo conocemos, somos poco amigas de él y toda la información que él nos da, las melodías que emite, las tamizamos a través de la culpa. Apenas "sentimos" algo, lo medimos para ver si es bueno o malo; según un sistema de valores. No dejamos fluir la información que el cuerpo nos da, generalmente no nos conectamos a ella. De esta manera, no establecemos una relación con la totalidad de lo que somos.

Las mujeres hemos estado al servicio de este sistema socio-cultural, y es más, hemos sido las encargadas de reproducirlo. Cambiar el sistema, significa, que debemos

romper con nuestra dependencia interna, sanarnos de memorias de violencias inscritas en nuestros cuerpos, en nuestras mentes y nuestras almas. Luego, para cambiar esta realidad es necesario un proceso de cambio personal, de toma de conciencia de la necesidad de recuperar todas otras dimensiones.

La energía sexual, parte de nuestro cuerpo pertenece también a un sistema de comunicaciones regido por las hormonas, que nos informan de nuestras emociones, sentires, sensibilidades. Reducido a la reproducción como ha sido en el cuerpo de la mujer, se nos está también privando de un espacio de amor y comunicación con el mundo. Reducir la sexualidad a la genitalidad es privar a nuestro cuerpo de poderes de sanación y equilibrio.

No es un misterio para nadie la perversión a que ha llegado la sexualidad en nuestra, evolucionada y desarrollada cultura occidental.

Es necesario una audacia permanente para continuar en la exploración de la totalidad, no detener este proceso, en nosotras, atrevernos a traspasar lógicas, percepciones, emociones, y conductas para desconstruir nuestro sistema de normas sociales y morales, y empezar a construir otro orden.

El orden significa estar en armonía con una misma y no en contradicción, en negación, en este "Deber Ser", modelo de alguien que no existe; el desorden es vivir en la mentira y en el orgullo de creer que una es "ésta" fabricación, lo que impide vernos realmente cómo somos, cómo nos aceptamos y descubrir que tenemos una infinita capacidad de crecimiento y de cambio.

Aceptarnos constituye un acto real de reconciliación, y

diluye las fricciones (que no son otra cosa que la energía de la violencia) que nos consume gran parte de nuestras propias energías en esta guerra tremenda, interna, y que es finalmente la guerra que está en la pantalla de la TV y en todas las esquinas del mundo.

Dentro de este desorden, las mujeres seguimos abortando, a pesar de las sanciones brutales que se nos imponen, y que tenemos internalizadas, continuamos en estas prácticas desgarradoras.

Sin embargo, no nos rebelamos ante un sistema que no asume esta realidad desordenada y, sin duda, pasamos al mundo esta cuenta de resentimiento.

Asumirnos es un acto de libertad que en lo más profundo significa no entregar a otros, a alguien fuera de ti, el poder de explicarte el misterio de la vida y de la muerte. El problema está en que esta responsabilidad, que es nuestra, se la entregamos a una "institución" o a una persona, y que en definitiva termina dándote desde fuera las explicaciones que tú tienes que darte a ti misma. De esta manera, se te roba tu propia capacidad de expresión como ser humano, de reflexión, dejando la responsabilidad en lo externo, en el patriarca, en el santo, en la ciencia o en un sistema como la democracia, y no en tu responsabilidad de asumirte íntegramente, y desde allí construir/nos. Darle el poder a otros, significa darle propiedad: él es dueño de ti, de tu cuerpo y de tus decisiones, dueño del capital, del Estado, del ejército y, finalmente, dueño de la vida y espiritualidad del mundo.

Esta explicación fuera de ti también significa, dentro de uno, asignarle a lo racional este poder, y no aceptar una dimensión de la vida que no es explicable racionalmente: no le pertenecemos a nadie, sólo somos parte de un todo. El

darnos cuenta de este simple hecho, significa romper con la pertenencia y aceptar nuestra dimensión mágica. El universo es un sistema que funciona con un orden. El sol sale todos los días, los planetas viajan en sus órbitas, el verano le sigue a la primavera, el invierno al otoño, el día a la noche ... todo tiene un orden, una armonía, y no existe nadie que esté poniendo orden. Existe una sabiduría, un fluir en la interacción.

Tenemos que aprender a vivir en este fluir. Debemos sanarnos de tantas cosas, como por ejemplo, del miedo, miedo a que no nos quieran, miedo al rechazo, miedo a no ser atractivas, miedo a no ser inteligentes, a no responder a lo que se espera de nosotras. Hay miedos de verdad y que sirven, que son alertas a reales peligros, pero hay miedos inventados que son paralizadores de nuestras vidas. Son construcciones que no nos dejan ver nuestras capacidades, nuestra fuerza interna y nos impiden entrar en el fluir de la vida - en la armonía con la totalidad-.

Descubrir nuestra fuerza interna es desprendernos de modelos inalcanzables, contruidos desde la ideología dominante, desde la moral vigente.

Nuestra capacidad de amar, también, está impregnada de miedo por el hecho de incluir en el amor la entrega total, es decir, la negación de tí misma, de tu ser, la anulación y a la vez la contrapartida que es poseer al otro, y que implica así su anulación. El desprendimiento significa poder amar sin las exigencias del dominio. Establecer un yo desprendido de la construcción ideológica del deber ser.

Las mujeres somos cíclicas, nuestra experiencia corporal, lo que dice nuestro eco-sistema, como personas, nos da cuenta de nuestros procesos cíclicos, tenemos una relación con la luna,

como período cíclico de fertilidad mensual. Menstruamos, tenemos un proceso ciclico similar al de la naturaleza.

Nosotras lo vivimos mensualmente y nuestra experiencia es devolver a la tierra lo que no se ha transformado en fruto. Esta vuelta a la tierra, es un recordatorio mensual de la totalidad de nuestra vida de mujeres.

La cultura china pensaba que había cinco estaciones. Invierno, tiene un sentido de introspección, el movimiento es hacia adentro, de preparación de la semilla. La primavera que es el período de los brotes. El verano, que es el proceso de la maduración. Y la recolección, que es la cosecha, la recolección de los frutos y después el otoño, como desprendimiento, es desligarse de todo lo que acompaña el proceso de generación, incluso el fruto que no llegó a ser tal y retornarlo a la tierra para gestar el nuevo proceso.

La experiencia biológica de la mujer es nacer-producir vida, desprenderse emocional y corporalmente de esa vida que ha producido- y luego morir, este proceso genera otra lógica, una lógica que gesta una dinámica triple frente a la bipolaridad de la experiencia corporal masculina.

La experiencia de desprendimiento que por excelencia tenemos las mujeres es el proceso que inciamos con el acto biológico de parir, que da origen al proceso de la separación de los hijos. Es el romper con la rigidez tremenda de adquirir una sólo función en esta sociedad, la maternidad, y que se nos impone de por vida. Sin embargo el proceso de los hijos debería ser un proceso con término, aunque como mujeres lo sabemos pero estamos atadas a una maternidad para siempre, lo que nos impide llegar a establecer con ellos una relación de horizontalidad y no de dependencia, y que implica un nuevo concepto de amor.

Esto nos informa entonces de una forma cíclica de vivir, una "otra" forma que está profundamente relacionada con la naturaleza y con la totalidad del cosmos.

Hoy día los avances de la ciencia, la antropología y especialmente el aporte de la reflexión feminista nos permiten saber de civilizaciones construídas sobre la base de relaciones horizontales.

K. Eisler, en su libro El Caliz y la Espada da cuenta de estas civilizaciones que construían sociedad en base a la armonía y sin agresión. Estas civilizaciones poseían un concepto de divinidad diferente. Basado en la diosa como signo de vida y en la armonía con los ciclos naturales. En contraposición a la divinidad patriarcal y en especial a la occidental-cristiana representada por la cruz, símbolo de muerte.

El patriarcado como sistema, se va desarrollando en base a la lógica bipolar y unidireccional, que surge de la experiencia corporal masculina. Es una lógica que contiene en sí mismo un deseo de trascendencia, de construir siempre en una proyección de infinito. Lo cíclico vendría a ser la sin razón desde la concepción del patriarcado. Esto genera una cultura donde se produce una proyección hacia el infinito.

El concepto de divinidad masculino, corporaliza la divinidad de un Dios hombre. Por una parte hecho a imagen y semejanza de Dios: por otra Dios hecho hombre, concepto que prevalece en el sistema de religiones patriarcales como idea de divinidad. Podríamos explicar toda esta idea de infinito con las experiencias del pastoreo. El pastor al caminar buscando el mejor pasto para su ganado comienza a concebir la idea de un mundo infinito y pierde el concepto ecológico de la

necesidad de estar en armonía con su entorno, el pastor al salir de la comunidad convierte sus experiencias espirituales en individuales y únicas. Al retornar a la comunidad vuelve como poseedor de una verdad absoluta, imponible a los demás, regresa como un iluminado.

Al creer que el mundo es infinito, piensa que lo que importa es que nazcan muchas vidas. El énfasis se pone entonces, en la cantidad de vidas, más que en la calidad de esas vidas. Ese énfasis hará surgir la idea de pertenencia sobre la vida, y desarrollará el concepto de propiedad sobre ella. Como la vida la reproducen las hembras, proyecta su propiedad también a las mujeres. Sobre esta idea, se construye nuestro sistema civilizatorio, ya que el hombre se siente propietario de otras vidas, se siente Dios.

La propiedad sobre la tierra la podríamos entender como la relación del ser humano con el planeta, lo que supone el cuidado de él. El concepto de propiedad de la vida, conlleva la propiedad del cuerpo, sus emociones, y su esencia. El ser dueño de un ser humano hace pensar que el producto tanto de ese ser como de la tierra nos pertenece, posibilitando entonces su depredación cuando desconoce el equilibrio ecológico. Basta con mirar la tragedia ecológica que estamos viviendo. Esto comprueba que la tierra no es infinita e inacabable sino por el contrario cíclica y necesita tiempo, respeto y equilibrio para que pueda reproducirse.

El pastor al salirse de la comunidad y por lo tanto del sistema comunitario, comienza a matar fuera del rito. Al matar en defensa de sus animales siente la emoción y construye el concepto de enemigo. Deja de ser un cazador que mata para comer, ya no está dentro del rito mágico de la vida y de la muerte.

Todas estas experiencias llevaron a realizar el acto egótico por excelencia, construir un DIOS UNICO sobre todas las cosas.

Negándole así la divinidad a la totalidad de su entorno.

La divinidad única nace con un cuerpo masculino, excluyendo a las mujeres de la posibilidad de divinización.

Las mujeres en el momento del asentamiento del patriarcado quedamos fuera de lo divino nuestra experiencia corporal es atrapada en el rol de la reproducción como único y esencial rol, el cual se sacraliza y se fija para toda la vida.

Esto no sucedió suavemente como un hecho natural, fue impuesto con violencia; fue una guerra. La mitología la narra en la muerte de los Diosas. No podemos seguir creyendo que la mitología sea una mera especulación de un primitivo estadio humano que intenta explicarse la realidad del mundo. Estas alegorías simbolizan la narración de hechos históricos reales.

Así perdimos la posibilidad del desprendimiento y el sistema civilizatorio cultural se construyó sobre la experiencia corporal masculina que propone una lógica bipolar y unidireccional, la cual se proyecta al infinito. Esta lógica es la única que aceptamos como "la razón, la inteligencia", y la verdad.

Por otra parte la bipolaridad expresada por ejemplo, en el Yin y en el Yan de las culturas orientales nos pueden llevar a una simplificación, al equilibrar lo masculino y lo femenino sin tener en mente que ellas son definiciones culturales.

Lo que yo estoy proponiendo es abandonar modelos de femeneidad y masculinidad desde la lógica bipolar y conectarnos con lo cíclico desde nuestras propias experiencias corporales tanto para los hombres como para las mujeres, reconociendo que las mujeres contenemos el ciclo en nuestra propia corporalidad.

Esta proyección bipolar hace que lo que vamos construyendo se sostenga en el aferrarse a estructuras permanentes.

El concepto de aferramiento, donde todo tiene que tener trascendencia, construye una sociedad aferrada a las leyes estructuras y modelos.

De ese modo desconoce la experiencia del fluir de la vida. Es decir, se niega la posibilidad de asumir el movimiento cíclico de la vida. Y de construir un sistema social, económico, político y cultural, armonico a nuestro propio sentir con la energía que surge de una espiritualidad compartida.

Las potencialidades y fuerzas de la mujer fueron desplazadas por los poderes masculinos. El desprendimiento como experiencia vital quedó sumergida.

El saber del cuerpo fue negado y reemplazado por el saber de la razón. El pensamiento científico ocupó el lugar que alguna vez tuvo el pensamiento mágico.

El pensamiento científico construye otro saber, un "saber verdadero", al que nos aferramos como un dogma debemos desprendernos, soltar aquello que nos está matando. Y así evitar que sigamos destinando el 60% de nuestra energía a construir instrumentos de muerte. Hoy el poder de la sobre- muerte, nos puede matar mil veces pudiendo tener una sola

muerte. ¡Es la locura!.

Construimos instrumentos de muerte, dictamos leyes, conceptualizamos con carácter inamovible.

Es así como no somos capaces, por ejemplo, de desprendernos de una ley que nos obligue a amarnos eternamente, juramos lo que no se puede jurar. Estas conductas nos están enseñando hoy de cuanto hemos olvidado la sabiduría del cuerpo.

Si nuestro cuerpo habla y cuenta que ya no ama, no se le puede obligar por medio de una ley.

Asimismo aferrarnos a un concepto de maternidad sacralizada, eterna y única dificulta el proceso del paso a la adultez. Esta no se produce, quedando una situación irresuelta. Así, lo que entendemos como amor queda atrapado en la dependencia y no en la libertad. Lo que hoy pensamos como "amor" está profundamente arraigado al concepto de propiedad de vidas; "me perteneces, los hijos nos pertenecen" armando un modelo de familia único.

Esta actitud se proyecta también fuera de la familia, a los otros, cuyas capacidades se pierden, no existen y queda solamente esta relación de dominación. Por lo tanto lo que construimos como sociedad está signado en el reconocimiento de los similares y la negación de los "otros" (no similares). De este modo hemos construido una sociedad basada en la negación de los no similares, de los otros; negros, mujeres, judíos, indígenas, ateos, homosexuales, etc. Se construye una sociedad segmentada, fragmentada en clases sociales, razas, credos, ideologías, sexos, edades. Esta estratificación social contruida sobre la base de la negación permite la explotación y el exterminio del otro.

La historia, en nuestro sistema patriarcal, es la historia

del exterminio. En nombre de la religión se hicieron matanzas, en el de la ideología masacres, siempre el hombre encuentra una razón "justa" para el exterminio, por ejemplo, la conquista americana, la trata de esclavos, la pureza étnica de los arios, el exterminio de las brujas.

Aún encontramos aceptable y natural, una serie de expresiones culturales que podemos definir sin miedo a equivocarnos como feas e inaceptables. Uso aquí el concepto de fealdad como valoración desarmónica, agresiva, inadecuada y violenta.

De este modo no somos capaces de percibir la fealdad que nos rodea porque la valoración estética está íntimamente ligada a la ética y se encuentran impresas en nuestro mundo inconciente, en nuestro sistema simbólico.

La relación ético-estética es directa y profunda. La ética constituye un sistema de valores morales que emerge de todas nuestras expresiones culturales. De esta manera creamos y producimos objetos, cosas, relaciones y estructuras que considerándolas bellas, debido al sistema ético-estético, son absolutamente feas, inaceptables por su contenido.

Debemos cuestionar entonces dicho sistema, desprendernos de él.

Este sistema valórico se sostiene en el mundo de las emociones, pero nuestro rechazo sólo alcanza al mundo racional.

De esta forma nos sensibilizamos con respecto a los derechos humanos cuando estos se refieren al mundo público, pero no somos capaces de percibir su violación al interior de la familia. Convivimos creando relaciones basadas en la

descalificación, el dominio, la no aceptación de la diversidad.

Como arquitecta, fue todo un acto de desprendimiento poder aceptar que las iglesias góticas eran feas. Cuando conecté el contenido de lo que representaban con mi propia historia ya no podía encontrarlas bellas. Relacioné que el sistema de valores que hicieron posible estas iglesias, había significado la quema de brujas, luego la inquisición, mi exclusión como mujer de la historia, la construcción de un sistema de valores donde se me dominaba y se me excluía de la divinidad.

Hay que cambiar entonces este sistema valórico, sin un modelo preconcebido y abriéndonos sin miedo y sin culpa a la experiencia del desprendimiento, que es precisamente lo que nos toca aportar a las mujeres.

Nosotras en esta recuperación de nuestro cuerpo contribuiremos a comprender más profundamente la relación con el entorno, en el cual desarrollamos nuestra vida, desprendiéndonos de estructuras socio-culturales que nos hacen daño, de tanto prejuicio acumulado, recuperando la armonía entre nosotros y con el ecosistema del planeta. Hoy podemos sospechar que con el conocimiento de nuestro cuerpo regularemos nuestra maternidad en equilibrio con la capacidad de la tierra para acogernos y darnos una calidad de vida sagrada en el sentido de la no carencia y la aceptación de las diferencias.

Ya que investigaciones recientes han demostrado que las mujeres controlaban naturalmente, a través del conocimiento de su cuerpo, la capacidad de soltar o retener un óvulo fecundado. Estas investigaciones muestran que al momento de desprendernos de un óvulo sufrimos un dolor similar al

sentido cuando nos hacemos un corte de tres centímetros. Pero hoy hemos hecho inconcientes ese signo.

Para lograr esto necesitamos convertirnos en indagadoras de memorias profundas presentes en nuestro cuerpo de mujer para sanarnos de esta historia de negaciones, de agresiones. Y rescatar nuestra sabiduría y nuestra divinidad.

En la medida en que nos conozcamos, rescatemos y compartamos nuestra sabiduría podremos establecer un diálogo en la horizontalidad que nos hará salir de la invisibilidad en la cual estamos sumergidas. Nos convertirá en constructoras de sociedad que aportan una lógica distinta y por ende un sistema valórico y una espiritirualidad diferente.

Así se hace imprescindible construir espacios de mujeres. Este proceso no será posible si no creamos lugares para reconocernos, comprendernos y sanarnos en nuestra diferencia.

Para esto será fundamental desprendernos del "ayudismo femenino", en especial hacia los hombres, y lograr por primera vez hacernos cargo de nuestro propios procesos de identificación. Esto significa realmente el respeto a la capacidad de transformación para todos, asignándole a los hombres la capacidad de realizar ellos mismos, sus propios procesos de sanación. Así desmontaremos el concepto de maternidad que hoy tenemos y generaremos la posibilidad de que cada ser humano se convierta en un adulto, responsable de sí mismo.

En esta historia, para nosotras, latinoamericanas, la historia de Latinoamérica constituye una fuente iluminadora. La conquista fue hecha por varones sólo, sin mujeres. Sin embargo el cuerpo de la mujer fue el instrumento del

conquistador, produciendo un cuerpo mestizo. Mestizaje que trascendió el cuerpo para penetrar también la espiritualidad y la cultura. Porque el conquistador, impone su Dios y el modo de relacionarse con él. Las culturas prehispánicas construían una pirámide a la cual subían para conectarse con lo cósmico. El conquistador atrapa el espacio, en un templo cerrado y en ese espacio con su cuerpo disminuido se relaciona con la espiritualidad reducida a una iconografía doliente e incorpórea.

Esta diferencia persiste aún en nosotras. No es difícil ver en esta relación libre y abierta con el cosmos, una corporalidad diferente a la que impuso la idea de religiosidad hispánica. La mujer de las religiones prehispánicas fue reemplazada por la idea de Marianismo que reduce a la mujer a ser sólo madre quitándole su cuerpo y el potencial que éste encierra. Históricamente, 500 años de la conquista han reprimido esta potencialidad pero no la han eliminado, aún persisten en nuestro continente, machis, meicas, yerbateras, como poseedoras de nuestros conocimientos que relacionan energías humanas con energías naturales y cósmicas que la racionalidad occidental ha deslegitimado.

Sabemos que estas culturas también estaban impregnadas de relaciones de dominio que queremos desconstruir, recuperar, con otra mirada, esa dimensión de nuestra historia que soberbiamente se ha calificado de primitiva, con un concepto de evolución y de progreso positivista, puede aportar en la re-construcción de un mundo donde cada elemento de la naturaleza sea una fuente de energía espiritual.

He dicho en varias ocasiones que tenemos que cambiar, y percibo que estos deseos de cambio están comenzando a hacerse conscientes y a crear conciencia en el mundo.

Sobre esta urgencia de transformación de estas conductas, la tierra nos está hablando claramente, si lo aceptamos como un lenguaje, nos está contando de su finitud, de su explotación desmesurada y del tiempo que necesita para recuperarse, para sanarse. De esta forma nuestra relación con ella debe cambiar.

- Como cambiar-, es entonces, el desafío. Debemos movernos buscando pistas sin proponernos e imponernos un modelo.

En realidad necesitamos la ausencia de fantasías de modelos. Ya que nuestra imaginación está impregnada de patriarcado y por lo tanto las proposiciones que de ella salgan contendrán su sello de imposición.

La otra forma de cambiar es establecer relaciones de horizontalidad. El concepto de horizontalidad se refiere a crear formas de relacionarnos acogiendo y aceptando al otro a la otra, posibilitando una interacción equilibrada y enriquecedora.

Buscar la igualdad no nos sirve, porque implica una reducción de las diferencias, anula la diversidad necesaria para que cada ser humano se sienta un universo en sí mismo y a la vez como parte de un sistema mayor, completo y armónico.

Margarita Pisano
Coordinadora General
Casa de la Mujer la Morada

(Conferencia dictada el 8 de agosto de 1990, en el Curso-Seminario "VER DESDE LA MUJER. VER A LA MUJER". Este se llevó a cabo en la Universidad Andrés Bello y el el Göethe Intitut).

